

Esclamó con acento de duda Rossi.

—Sí, señor, libre. Pero hacedme el favor de permitir que salga, porque están al dar las doce, y está lejos la Acordada.

Rossi no tuvo que contestar, y salió despidiéndose de Pilar.

Esta cerró la puerta con llave, la guardó en el bolsillo del delantal, colocó bien en el brazo la canasta de la comida cubierta con una servilleta blanca y muy limpia, y se dirigió á toda prisa á la Acordada, antes de que sonara la hora.

CAPITULO V.

El pomo de veneno.

Dijimos en otro capítulo que á los gritos dados por Matilde al reconocer en la víctima á su hermana, acudió Miguel que entraba en aquel instante en su casa, y que retrocedió horrorizado á la vista de aquellos dos cuerpos, que yacían el uno sobre el otro: que espantado con la terrible escena que á sus ojos se presentaba, dió algunos pasos hácia la puerta, llamando á Pablo, y diciéndole que llevase una luz.

A los desafortados gritos de su amo, el criado cogió una vela y se dirigió inmediatamente al sitio de la desgracia.

Al verle llegar, Miguel se arrojó sobre los dos seres que juzgó sin vida, y al reconocerlos, no pudo contener una exclamación de asombro y de dolor.... Las palabras de venganza que en aquella misma tarde había pronunciado Matilde contra su prima, vinieron á su memoria y oprimían su corazón.... María había sido asesinada por su causa; la actriz se había suicidado por su causa.... ¡Ah!.... Miguel, al pensar en todo esto, se juzgó el más criminal de los hombres, y no supo qué hacer.... Entonces sintió no haberse quitado la vida antes de haber dado el primer paso hácia el delito.... Pálido y sin aliento, con los ojos fijos sobre las dos víctimas, y con la luz junto al rostro de ellas se hallaba todavía, cuando un ¡ay! lanzado por Matilde, fué á inundar su corazón de esperanza.

—¡Viven!....—exclamó—tal vez algún desmayo ha sido todo!

Y cogiendo la mano de Matilde, exclamó con el mayor afán.

—¡Matilde!.... Matilde!.... ¡qué ha sucedido?....

Matilde fué cobrando poco á poco los sentidos, abrió los ojos, miró á su rededor, y preguntó con voz débil....

—¿Dónde estoy?.... ¿quién me llama?....

—Soy yo, Matilde—dijo Miguel oprimiendo la mano de la actriz entre las suyas—Miguel que está á tu lado ansioso por saber lo que ha pasado!....

Matilde fijó los ojos espantados en el hombre que le hablaba; quedó por un momento como queriendo recoger sus ideas; y al sentir el contacto del cuerpo helado que estaba debajo de ella, se acordó de cuanto había pasado; y horrorizada de sí misma, exclamó alzándose de allí y acercándose á Miguel, que la miraba con asombro.

—¡Ah!.... ¡soy un monstruo!.... ¡Un monstruo que merece la muerte!.... ¡Mira!.... mira!.... Miguel!.... ¡es mi hermana!.... ¡soy la Cain del siglo!.... ¡yo la he envenenado!.... ¡la he envenenado sin conocerla!.... ¡Ah!.... ¡cómo la volveré la vida que la he quitado!.... ¡Hermana mia!.... ¡hermana mia!....

Miguel, cuyo asombro sería imposible

de explicar, y que en todo lo que dijo Matilde, solo pudo comprender que era su hermana y que la habia envenenado, dijo aterrado.

—¡Tu hermana!.... ¡envenenada!....

—¡Sí: mi hermana!.... mira!....

Y le entregó el cuaderno, mostrándole la carta de que ya tiene conocimiento el lector.

Miguel leyó apresuradamente su contenido que decia así:

20 de Mayo de 1829, á las doce de la noche.

“Hoy hace año y medio que perdí á mi inolvidable madre Carmen Estrada; hoy hace año y medio que llamándome á la cabecera de su lecho, me entregó un pliego cerrado, encargándome no le abriera hasta el dia en que ella con voz moribunda me señaló. Ese dia se ha cumplido hoy, y al obsequiar su deseo, he descubierto un secreto que me ha conmovido.... La carta de mi desventurada madre, que á continuacion copio, dice así:

“Amada hija: tienes otra hermana cuyo

paradero ignoro; porque todas mis pesquisas para encontrarla han sido inútiles.... Enamorada, en mi juventud, de un hombre al cual no me dejaron unirme mis padres, me casé en secreto con él, y de esta union tuve una hija que la confié al cuidado de una mujer llamada Teresa que vivia en S. Angel. Poco tiempo despues desapareció esa mujer con tu tierna hermana, y con una gruesa suma de dinero que tu padre le habia entregado para que cuidase de ella. No pudiendo resistir á la aficcion y al dolor de madre, declaré á mis padres mi secreto matrimonio y mi terrible desgracia, y desde entonces empecé á vivir con mi inconsolable esposo que corrió por todas partes en busca de la hija de nuestro amor. Pero todo fué en vano. Las guerras y las revoluciones políticas entorpecieron todo, y jamas hemos vuelto á saber de ella... Tu triste padre murió sin abrazarla, y yo tambien espiré sin el consuelo de verla... Sin embargo, Dios que todo lo remedia, puede algun dia permitir que esa hermana llegue á tu lado; y por lo mismo quiero dártela á conocer.

Yo coloqué en su cuello un medallón de plata con una cruz, al pié de la cual están grabadas las iniciales de mi nombre C. E. y por el otro lado el nombre de tu hermana, que tiene el medallón que llevas tú en tu seno.

—¡Qué es lo que acabo de leer!...

Exclamó asombrado Miguel.

—Y ese medallón, es este que he llevado constantemente conmigo, dijo Matilde mostrando uno que pendía de su cuello: este que es en todo igual al que lleva María.

—¡Horrible secreto!....

—Pero yo le volveré la vida...—prosiguió Matilde abrazando el cuerpo helado de su hermana.—Sí: yo le volveré la vida con mis caricias.... con mi amor....

—¡Qué has hecho, Matilde!....

Esta, que fuera de sí por la fuerza del dolor que la desgarraba, no había oído las palabras de Miguel, dió un gemido al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles para volver la vida á su infeliz hermana, y gritó con la fuerza de la desesperacion.

—¡Imposible!... ¡imposible!... ¡no hay remedio!

—¡Desgraciada!...— exclamó Miguel.— ¡Mira ahí el fruto de tus desesperados zelos!....

—Sí; pero no será ella solo la víctima de ellos,—contestó Matilde, brillando en sus ojos una resolución infernal.—¡No será ella sola, no... sino yo tambien, que no puedo soportar mi crimen!... ¡Una misma tumba encerrará las frias cenizas de las dos hermanas!...

Y sacó inmediatamente el pomo que llevaba en su seno, y que casi había vaciado en el vaso de agua de María.

—¡Qué vas á hacer, Matilde!...—exclamó Miguel deteniendo su mano.—¡Otro crimen mas!....

—¡Gran Dios!... ¡qué veo!—Dijo Matilde fijando con asombro sus ojos en el pomo.— ¡Me habré engañado?...

Y lo examinó detenidamente. Un rayo de alegría brilló entonces en sus ojos, y poniéndose de rodillas exclamó

—¡Dios mio!... ¡tú me has salvado de un

crimen espantoso!... ¡mi hermana... mi querida hermana vive!...

— ¡Vive!... gritó Miguel fuera de sí de alegría y guardando en el bolsillo de la levita el diario que habia despertado su curiosidad:

— Sí: Miguel: vive!... Con la precipitación que cogí el pomo para venir á vengarme, no advertí que era el de ópio el que guardé en mi seno... ¡Ha sido un favor del cielo!... ¡un milagro de la Providencia!...

La alegría de Miguel y de Matilde al convencerse de que María no estaba envenenada, fué infinita. Inmediatamente la alzaron del suelo y la colocaron en su lecho hasta que volviera de su terrible letargo.

Matilde, llena de afán y de cariño, se sentó á la cabecera de la cama, y estrechaba entre sus manos las de su amada hermana. Miguel miraba aquel acto de cariño con indecible gozo, sentado en el opuesto lado.

Un profundo silencio reinaba en la alcoba.

El amor de amante habia cedido su lugar al amor de hermana, y Matilde no se acordaba ya de la persona que le habia condu-

cido á aquella casa, porque sus potencias estaban dedicadas al servicio de su querida hermana.

Miguel tenia clavada su vista en el rostro de María, esperando con impaciencia ver en él la primera señal de vida.

De repente se levantó de la silla pálido y asustado.

— ¿Qué tienes, Miguel?

Le preguntó Matilde al ver en el rostro de su primo el terror y la inquietud.

— Tengo miedo de que María esté muerta.

— No: estoy persuadida de que es ópio lo que vertí en el vaso.

— Pero el ópio tambien mata cuando se excede en la dosis.... ¿Quién nos asegura que no has vertido la cantidad de la muerte?

Matilde sintió discurrir un sudor frio por todos sus miembros al meditar en la verdad de aquella observacion.

El semblante de María permanecia frio, helado como el mármol de las tumbas.

Matilde miró con asombrados ojos aquella inmovilidad... se estremeció de horror,

y cayó de rodillas exclamando con la expresión mas íntima del dolor.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... sálvame de este horroroso crimen!...

Y quedó orando en profundo recogimiento, pero con la mirada siempre fija en el rostro de María.

Miguel inmóvil y de pié tambien, oraba.

De repente una exclamacion de alegría asomó á los labios de la afígida actriz y de su primo.

—¡Se ha movido!

—¡Vive!....

Dijeron los dos á un mismo tiempo.

María exhaló un prolongado suspiro como al que le descargan de un enorme peso que le oprime el pecho. Sus tiernos miembros parecian recobrar poco á poco su movilidad, vivificados por la mirada fija y amorosa de aquellos dos séres que en éxtasis la contemplaban. Sus ojos se abrieron lánguidamente y se clavaron mates y fijos, como al despertar de un profundo sueño, en Miguel y Matilde; mas poco á poco se fueron iluminando como la brillante luz de las es-

trellas tras las nubes pardas, y brilló en ellos de nuevo la vida, y en la expresion de su mirada el alma. El cárdeno matiz que como un velo cubrió la blanca tez de su delicado rostro, se fué desvaneciendo cual la niebla oscura al sentir los nítidos rayos de la brillante luz de la aurora. Volvió á sus heladas venas la caliente sangre, y serpearon en su celestial semblante, las divinas tintas de la encarnada rosa. Su helado cuerpo volvió á recobrar su movimiento entorpecido por el soporífero ópio, y su animada sangre, desliéndose suavemente, tiñó de nácar sus delgados labios, bañando sus candidas mejillas de un leve y delicioso carmin.

Como un gran rio que se encuentra helado, recobra su entorpecido curso y su corriente, al sentir los ardientes y abrasadores rayos del sol vivificador, así María fué volviendo á la vida, bajo el influjo de la oracion de los dos séres que velaban por ella, de los cuidados que la prodigaron, y del abrigo del mullido lecho en que descansaba.

Su pecho empezó á respirar libremente; vagó en sus labios una sonrisa celestial, y

volvió á exhalar otro suspiro, pero no penoso como el primero, sino dulce, suave y consolador.

—¿Dónde estoy?

Dijo María con acento suave, mirando con estrañeza á su derredor.

—En los brazos de tu querida hermana...

Contestó Matilde apretándole la mano y besándola en la frente.

María fijó sus lánguidos ojos sobre la que tanto le acariciaba, y trayendo á la memoria cuanto habia pasado, le dijo:

—¿Todavía aquí!...

—Sí, María, todavía estoy aquí para pedirte perdon de todo lo que te he hecho padecer.... todavía estoy aquí para suplicarte de rodillas que no me aborrezcas.... para decirte que soy tu hermana.... tu hermana que jamas se apartará de tu lado!...

—¿Mi hermana!....

Dijo María con cierta mezcla de alegría y de duda, que comprendió la actriz.

—Sí, tu hermana.... ¿es verdad, Miguel, que soy su hermana?...

Preguntó Matilde, dirijiéndose á Miguel, que permanecía en el mayor silencio.

—Sí, María:—contestó Miguel, cogiendo la mano de su prima que le miraba con la mayor ternura, como pidiéndole que no la engañara.—Tu hermana, á quien debes amar como ella te ama, y que una feliz casualidad ha hecho que te reconociera.

—¿Será posible?.... ¡Ah!.... ¡qué placer!.... ¡hermana mia!....—exclamó María arrojándose en los brazos de Matilde con la efusion de un corazon amoroso y tierno.—¡Ah! no sin motivo sentí hácia tí, desde el primer dia, un cariño íntimo que me hacia olvidar todas las ofensas que me hiciste!....

Matilde le pidió mil perdones por ellas; y ambas se dieron el parabien de aquella casual ventura que las reunia para siempre.

Las palabras y demostraciones de cariño que se cruzaron entre las dos hermanas, fueron sin número, y las dejaremos á la consideracion de cada lector, sin detenernos á expresarlas. Aquella noche se quedó Matilde acompañando á su hermana; y á una

